

POR RICARDO RUIZ DE LA SERNA

EN EL 80^º ANIVERSARIO DEL ALZAMIENTO DE VARSOVIA

Combatientes polacos luchando para liberar
Varsovia de los soldados de ocupación alemanes en
1944. Fuente: Universal History Archive.



«Queríamos ser libres y ganar la libertad nosotros mismos». Aquellas palabras de Jan Stanisław Jankowski (1882-1953), delegado del Gobierno polaco en el exilio en la Polonia ocupada por los nazis, resumieron el espíritu del Alzamiento de Varsovia. Tal día como hoy en 1944, a las 17:00, 25 000 polacos mal armados se enfrentaron con las tropas alemanas que ocupaban su capital desde 1939. Así comenzó la Operación Tempestad: el Alzamiento de Varsovia contra los ocupantes alemanes.

En honor a la verdad, debe señalarse que los invasores jamás conocieron un instante de paz durante los oscuros años de la ocupación (1939-1945) y que nunca pudieron instalar un gobierno títere como sí hicieron en otros lugares. A las políticas genocidas de los ocupantes, respondieron los polacos con una resistencia inquebrantable. Aquel primer día de agosto de 1944, el pueblo de Varsovia añadiría nuevas páginas de valor y dignidad a la historia de una ciudad martirizada, pero no vencida. Si los judíos del gueto se habían alzado en 1943 dando un ejemplo de valentía, el verano de 1944 era el turno de la capital entera.

Hace ochenta años, durante 63 días, hasta el 1 de octubre, la resistencia polaca se hizo con el control de buena parte de la ciudad. Se alzaron barricadas. Se organizaron arsenales y hospitales de campaña en los que escaseaba todo. Con las armas arrebatadas al enemigo, fueron librando una lucha palmo a palmo contra el Ejército alemán. En las calles, se combatía con lo que hubiese: ametralladoras, granadas de mano, pistolas de todos los calibres, bombas caseras... Allí faltaba todo salvo el coraje. Los alzados establecieron el cuartel general en la fábrica Kamler, en la calle Dzielna n.º 72, desde donde el general Tadeusz Bór-Komorowski (1895-1966) dirigiría a los hombres y mujeres del Armija Krajowa, el heroico Ejército del Interior, la resistencia nacional polaca. Llegaron a ser 55 000 polacos en pie de guerra sólo en la capital.

Frente a ellos, la infantería alemana y la Luftwaffe. La guarnición de los ocupantes ascendía a unos 20 000 hombres, que se estaban preparando para afrontar el avance soviético que, desde la derrota en Kursk de 1943, parecía imparable. Junto al ejército regular había efectivos de las SS, la policía y unidades de extranjeros (rusos, ucranianos, letones, lituanos, azerbaiyanos, etc.) que servían a las órdenes de Alemania. Todos sabían lo que les esperaba si los soviéticos seguían avanzando. Aquel verano de 1944, el Ejército Rojo estaba al otro lado del Vístula, el río que atraviesa Polonia. Entre 1939 y 1941, los soviéticos y los alemanes se habían repartido el país. La invasión de la URSS supuso que todo el territorio polaco pasaba a control alemán. En el verano de 1944, los soviéticos estaban de regreso.

La resistencia polaca sabía que una victoria soviética no significaría la libertad, sino una nueva ocupación como la sufrida hasta 1941. Decidieron aprovechar la ocasión para liberarse a sí mismos y controlar la ciudad antes de que cayese en manos del Ejército Rojo.

Fue un combate desigual, pero no absurdo. Durante los meses de agosto y septiembre, la bandera rojiblanca volvió a ondear en las fachadas. El Estado Clandestino -el sistema de gobierno de la resistencia nacional polaca dirigido por el Gobierno en el exilio- hacía valer su autoridad en todos los ámbitos. Varsovia nunca se precipitó en el caos. La administración organizó el suministro de alimentos, armas, municiones y medicinas. Las normas se publicaban y se hacían cumplir. Las panaderías y las cocinas funcionaban no sólo en locales, sino también al aire libre. La falta de agua potable se suplió con un sistema de pozos construidos en distintas zonas de la ciudad.

Si los nazis y los comunistas habían tratado de destruir la identidad nacional polaca mediante a propaganda, la censura y el cierre de imprentas y editoriales, aquellas semanas de agosto y septiembre las rotativas volvieron a funcionar a la luz del día. Salida de la clandestinidad, la cultura polaca floreció. Los periódicos publicaban no sólo noticias, sino también poemas y ensayos. Allí escribían María Kownacka (1894-1982), la célebre escritora de cuentos infantiles, y poetas jóvenes como Tadeusz Gajcy (1922-1944), muerto bajo las ruinas de un edificio que los alemanes volaron el 16 de agosto. En el barrio de Powiśle funcionó un teatro de marionetas al que llamaron Marionetas en la Barricada. Dos emisoras de radio emitían para los sublevados. El 15 de agosto, Día del Soldado, hubo una programación especial. El 1 de septiembre emitieron una obra de teatro. No faltaban cantantes, poetas ni humoristas.

También hubo amor en las barricadas. Se celebraron matrimonios. El lector debe pensar lo que significa casarse -un compromiso de amor durante todos los días de la vida- en una ciudad asediada, con

un enemigo dentro y otro a las puertas. En el extraordinario Museo del Alzamiento, en Varsovia, hay una fotografía que muestra una de esas odas y está fechada el 3 de octubre, es decir, cuando todo parecía ya perdido, salvo la fe. La Santa Misa, que había sostenido la resistencia polaca desde el comienzo, dio a los sublevados una fuerza moral formidable. No sólo se llenaban las iglesias, sino también los oratorios y las capillas. Se rezaba a campo abierto. Era frecuente escuchar el himno «Señor, que proteges a Polonia». El Papa Pío XII autorizó que los sacerdotes celebrasen hasta tres misas diarias. Stefan Wyszyński (1901-1981), que encarnaría la oposición al comunismo en la posguerra, era el capellán de uno de los hospitales de campaña y tenía hasta nombre en clave: «Radwan III». Miron Białoszewski, poeta y autor del «Diario del levantamiento de Varsovia» (Alba, 2011), dejó escrito que «se rezaba muchas veces al día y se entonaban cánticos [...] Con el tiempo los rezos se hicieron más frecuentes. Y más largos. Hasta que llegó un momento en que en todos los sótanos de Varsovia se rezaba en alto y al unísono y se entonaban cánticos por todas partes, sin parar».

El corazón de Varsovia latía con una fuerza irrefrenable. Para detenerlo, los alemanes tuvieron que movilizar hasta 50 000 hombres apoyados por artillería y carros de combate. Fueron dinamitando, edificio a edificio, manzanas enteras. Lo que no saltó por los aires, fue pasto de las llamas. La resistencia se movió a las alcantarillas, por donde se movían las mujeres que trabajaban como correos llevando y trayendo mensajes por la ciudad martirizada. A las que cayesen prisioneras les estaba reservado un destino de tortura y muerte. Los alemanes sellaron las bocas de alcantarilla, llenaron de gas los túneles y tapiaron los pasadizos. Poco a poco se fueron acabando las municiones, los alimentos y las medicinas. Los soviéticos prefirieron dejar que los alemanes acabasen con los polacos mientras ellos aguardaban al otro lado del río. Los aliados occidentales trataron de auxiliar a la ciudad desde el aire. Stalin puso trabas y demoró el permiso para que los bombarderos utilizaran los aeródromos ucranianos. Los vuelos estaban expuestos, además, al peligro de la artillería antiaérea alemana en trayectos que duraban 10 horas y habrían de cruzar Albania, Yugoslavia, Hungría y Checoslovaquia. Se hicieron famosos los siete tripulantes polacos de un bombardero B-24 Liberator, que voló siete veces entre el 1 y el 14 de septiembre para socorrer a la ciudad antes de que los derribasen los cazas alemanes. Todos murieron en la misión.

En los primeros días de octubre el alzamiento estaba ya sofocado. Como escribe Norman Davies en «God's Playground. A History of Poland» (Oxford, 2005), la derrota del alzamiento «marcó el final del antiguo orden en Polonia. Durante el resto de la guerra, las órdenes de las autoridades soviéticas no resultarían seriamente cuestionadas. El Gobierno polaco en el exilio en Londres perdió la influencia que le quedaba». En efecto, el intento de liberación por parte de la resistencia polaca había terminado consumido por las llamas y el Ejército Rojo esperaba su turno. El avance soviético no se detendría hasta Berlín. El pueblo polaco nunca dejó de resistir. Fueron los primeros en luchar desde el 1 de septiembre de 1939 y jamás abandonaron. El Alzamiento de Varsovia sigue brindando un ejemplo de patriotismo, dignidad y valor en las horas más oscuras de Europa. Hoy honramos su memoria.